

CORREO DE LOS CIEGOS DE MADRID

DEL MÁRTES 21 DE NOVIEMBRE DE 1786.

Rasgo moral. Cuento del Oriente. Obidah hijo de Abensina, empuñó un viage, y se encaminó ácia la costa del Indostan. Gozaba de una salud robusta y vigorosa: animábase el deseo y la esperanza: no se detenía sino de quando en quando, para escuchar el canto de las aves, respirar un ayre dulce y fresco, y apagar su sed á la orilla de algun arroyuelo. A veces contemplaba las encinas, monarcas de las montañas: otras respiraba el agradable olor del verano, hijo primogénito de la primavera: veía todos sus sentidos deliciosamente acariciados, y desterrada de su corazón toda inquietud.

Continuó su camino hasta el punto de medio día, y como el calor se aumentaba cada instante, y enflaquecía sus fuerzas, miró al rededor de sí, para ver si descubría alguna senda, que poder seguir, sin que el calor le molestase: reparó á su diestra un bosque, cuya hermosa sombra parecía, que le convidaba á encaminar sus pasos ácia aquella parte: entró en él, y la frescura y verdor le ofrecieron mil caricias, á que no pudo resistirse: sin embargo, no se olvidó de que había emprendido un viage; pero descubriendo una senda estrecha, bordada de flores, que al parecer llevaba la misma direccion, que el camino real, resolvió seguirla y hermanar así el placer con la incomodidad, procurando lograr las recompensas de la diligencia, sin experimentar demasiadas fatigas. Continuó pues caminando por algun tiempo con un calor, que solo le era menos sensible, quando se detenía á oír el canto de las aves, que huyendo del calor, se acogían á la sombra; ó quando se divertía en coger algunas flores, de que estaba sembrado un lado de la senda, y de las frutas que le ofrecían al otro las ramas de los árboles. En fin, como la estrecha senda empezase á desviarse del camino real, y á perderse por entre los árboles, y matas llenas de frescura con las fuentes y casca-

das, que por allí corrian, se detuvo Obidah un instante: examinó si habria peligro en apartarse del camino real; pero acordándose, que el calor era todavía demasiado activo, resolvió continuar por la misma senda, pensando, que no rodaría mucho, y que volvería muy pronto á encontrar el camino.

Redobló el paso, para volver á ganar el tiempo perdido por los rodeos que había hecho; no obstante, la especie de inquietud en que estaba, le hacia detener á cada nuevo objeto, que se ofrecía á su vista, y á gustar todos los diferentes placeres, que se le presentaban, y que solo servían para distraerlo. Hacia hablar á los ecos, subía á los árboles, en que podía descubrir bellas perspectivas, se detenía delante de las cascadas; se complacía en formar algun curso á los arroyuelos, que corrian por entre los árboles. Trilló así un largo espacio de terreno, haciendo mil rodeos. Las horas se le pasaban sin sentir en estos entretenimientos. Paróse en fin quando el día estaba ya de caída, y levantándose de repente una recia tempestad, el peligro en que se hallaba, le hizo conocer, que el hombre se aleja muchas veces de la felicidad, quando no reflexiona sobre su placer actual: se arrepintió de haberse entrado en el bosque, dexando el camino real. El cielo se obscureció mas y mas, y un trueno terrible, le distrajo de su meditacion.

Resolvió hacer todo lo posible, para salir del lugar en que se hallaba, y volver á encontrar el camino real. Despues de haberse postrado delante del Autor de la naturaleza, é implorado su auxilio, se adelantó desde luego con confianza, llevando la espada en la mano, para auyentar las fieras del desierto, amedrentadas por la tempestad. Oía á derecha, é izquierda los alaridos lastimeros de la rabia, y del temor: hallábase en medio del horror de las tinieblas, y de la soledad: los vientos impetuosos bramaban en las selvas, y los arroyos y

arramblas corrian con espantoso estruendo. Caminaba con pasos tímidos por la obscuridad; y sintiéndose en fin rendido de la fatiga, ya estaba á punto de ceder á su miserable destino, quando avistó una luz, y adelantándose ácia aquella parte por donde aparecia, descubrió el retiro de un ermitaño. Este buen anciano le recibió con ternura, y le dió de comer. Concluida la comida: "¿Cómo has venido hasta aquí?" le dixo: Hace cerca de 30 años, que estoy en esta gruta, y nadie ha venido á ella todavía." *Obidah* le refirió, sin encubrirle cosa alguna, lo que le habia sucedido.

"Hijo mio, le dice el ermitaño, no olvides jamas los peligros, que has corrido hoy por tu imprudencia. Acuérdate que la vida del hombre es el viage de un día. En la mañana de la juventud nos levantamos llenos de vigor, nos animamos al trabajo por la esperanza, y caminamos á pie firme por la senda de la sabiduría. Poco tiempo despues se entibia nuestro zelo, procuramos hacer fáciles nuestros deberes, y llegar á nuestro fin por senderos agradables. El horror, que al principio teniamos al delito, se disminuye, y nos exponemos temerariamente á acercarnos á lo que habíamos determinado alejar continuamente de nosotros. El corazon se debilita por grados, y cesamos de vigilar sobre nuestros pasos: echamos nuestras miradas sobre los jardines del deleite: nos llegamos á ellos no sin escrúpulo: entramos temblando, y siempre con la esperanza de pasar por ellos, sin perder de vista la senda de la virtud, que dexamos por un instante á nuestra derecha, y en la qual nos proponemos volver á entrar. Pero á una tentacion sucede otra, una facilidad prepara el camino á otra: muy pronto nos disgustamos de la felicidad anexa á la inocencia, y aliviarnos nuestra inquietud con los deleites á que nos entregamos, perdemos insensiblemente la memoria de nuestros primeros propósitos, y nos olvidamos de lo que conviene á unos entes racionales. Nos arrojamus al tumulto de los negocios, nos rendimos á los placeres de los sentidos, paseamos de objetos en objetos nuestra inconstancia, hasta que las tinieblas de la edad avanzada nos sorprenden, y se apoderan de nosotros la incomodidad, la inquietud, y la agonía. En-

tónces la reflexion nos llama á nosotros mismos, volvemos los ojos sobre nuestra vida pasada; y este espectáculo nos causa horror, turbacion y remordimiento: nos apesadumbramos; pero á veces en vano, de haber dexado los senderos de la sabiduría. Felices aquellos, hijo mio, que aprendieron de tu exemplo á no desesperar, y que se acordáren, que aunque el día se ha concluido, y les falten las fuerzas, deben no obstante hacer el último esfuerzo: que la reforma de las costumbres no es imposible: que siempre puede el hombre volver de sus extravíos; y que el que implora los auxilios del Cielo, puede triunfar de las dificultades, que parecen insuperables. Vé, hijo mio, á descansar: ponte baxo la proteccion del que lo conserva todo: vuelve mañana á empezar tu camino; y para lo futuro, hágate sabio la experiencia."

Raso histórico. El nombre de un simple particular, que executa alguna accion sobresaliente, suele quedarse sepultado en el olvido, ó si se perpetúa en la historia, apenas se conoce, ó se repite. Esto sucede puntualmente con el de Martin Tamayo, soldado raso Español, que en el año de 1546 servia en el ejército del Emperador Carlos V. donde se hizo célebre por una accion heroica de valor. El ejército del Emperador, mas débil que el de los Protestantes, mandado por el Landgrave de Hesse, habia acampado en presencia de los enemigos cerca de Ingólstad. Un rebelde de talla gigantesca, y que se contemplaba el héroe de su siglo, se presentaba todos los días entre los dos campos armado con una lanza, y provocando al combate á los Imperiales mas valientes. Carlos V. prohibió á los suyos con pena de la vida, que aceptasen el desafio. Volvia diariamente aquel fanfarron, y acercándose al cuartel de los Españoles, les tachaba de cobardes en los términos mas injuriosos. Tamayo no pudo sufrir mas la insolencia de aquel nuevo Goliath: tomó la alabarda de uno de sus compañeros, y encaminándose por junto á las trincheras, fué á atacarlo, y á poco rato le dió un golpe en la garganta, y lo echó muerto á tierra, sin recibir él herida alguna. Quitó despues la espada á aquel desgraciado, le cortó la ca-

beza, la llevó á su campo, fué inmediatamente á presentarla á S. M. y echándose á sus pies, le pidió la vida. Carlos V. se la negó, á pesar de las súplicas de los principales oficiales del ejército; pero al cabo movido de los clamores, con que las tropas Españolas le pedían el perdón de su ilustre compañero, le puso en manos del Duque de Alba, y este le perdonó.

Fin de la descripción general de Toledo. La Catedral es suntuosa en la fábrica y adorno: se concluyó en el año de 1493: está situada casi en el centro de la ciudad en un baxo: tiene de largo unos 400 pies, y 220 de ancho: consta de 15 naves magníficas, sin las capillas, que forman otra por cada lado. Entre las muchas riquezas y singularidades, que no podemos detenernos á explicar, es digna de notarse una lápida de bronce de crecido coste, que cubre la sepultura del Cardenal Portocarrero con el siguiente sencillísimo epitafio: HIC JACET PULVIS CINIS ET NIHIL.

Las rentas de la fábrica de la Iglesia pasan de 3 millones de reales. Finalmente, en una de las capillas se conserva el rito Muzárabe, que se reza todos los dias, y se celebra una Misa del mismo. El Misal y Breviario, que se habian hecho muy raros, se han reimpresso por el actual Prelado, el primero en México, y el segundo en la Imprenta de Ibarra en una magnífica edicion: cuyo producto lo tiene destinado este Excmo. Señor para la Real Casa de Caridad.

Entre los demas edificios, son de notar el Hospital de S. Juan Bautista, extramuros del pueblo, fundado por el Cardenal Tavera, con una suntuosa capilla, suficiente número de capellanes, y rentas capaces para sostenerlo con la buena asistencia y utilidad, con que se conserva. La iglesia y convento de S. Juan de los Reyes de Padres Franciscos, fundados por los Reyes Católicos D. Fernando y D.^a Isabel; en el qual fué el Cardenal Cisneros el primer novicio. Y la casa de Ayuntamiento, de muy buena arquitectura. En una pared de la escalera se leen los versos siguientes:

Nobles discretos varones,
Que gobernais á Toledo,
En aquestos escalones,
Desechad las aficiones,

Codicias, amor y miedo:
Por los comunes provechos
Dexad los particulares:
Pues vos hizo Dios pilares
De tan altísimos techos,
Estad firmes y derechos.

Madrid. La carta siguiente se nos remitió con otra, en que se nos pedia la insertásemos precisamente en el n.^o 9; pero hasta ahora no ha podido tener lugar; y sí lo tendrá para el art. 1 del Correo inmediato el retrato que ofrece de Alexandro.

Carta. Señor Editor del Correo de los Ciegos: Si la historia para hacer el elogio de los Principes no conociera otro fondo, que el que la suministran sus empresas militares, aun hablando de aquellas, cuya gloria solo es debida á sus desvelos, y á un acertado exercicio de sus talentos guerreros, es muy seguro, que solo produciria unos retratos incompletos, puesto que en el vacío que dexase de su vida privada, se perderian tal vez un sin número de virtudes, cuya exposicion los haria aparecer mas brillantes, y dignos de ser imitados por los demas hombres.

Esta es una verdad, cuya importancia solo conoce el historiador, quando la vida de su heroe presenta por todas partes acciones capaces de lisongear su vanidad; pero que para el mismo es enteramente nueva, quando al lado de las virtudes, que ilustran á su heroe, encuentra vicios, que le afean, y le hacen ménos digno de la veneracion de la posteridad. Entónces es quando se esmera en presentarle á los ojos del público con colores tan brillantes, y tan compuestos, que hacen sospechar de la verdad, y de la imparcialidad del pintor.

Semejante infidelidad es ciertamente muy perniciosa. Contra ella no tenemos otro antidoto, que el de la crítica. Al favor de ella descubrimos los motivos, que pudieron obligar al historiador á callar lo malo, publicando solo lo bueno, castigando de este modo su parcialidad, ó negligencia. La contemporaneidad á su heroe, cierto respeto, ó deferencia ácia su memoria, quando aun está reciente su muerte, un interes mal entendido, que toma el autor en su asunto por ser tratado por su pluma, y algunas veces una tímida política,

ve aquí las miserables pasiones, que no le dexan llevar su pluma con la libertad y desinterés, que exigen el honor de la verdad, y mas que todo el provechoso modelo, ó escarmiento, que sacaria la posteridad de una exácta y verídica narracion.

Pero, señor mio, si estoy reñido con la infidelidad de los historiadores, aun lo estoy mas con aquella falsa satisfaccion, que les resulta solo con haber pintado á su heroe gran conquistador, creyendo haber completado así su elogio.

Para convencer á estos de su preocupacion, voy á ofrecerles el retrato de Alexandro Magno, haciendoles ver, que las conquistas de este Príncipe Macedonio no pudieron darle la gloria, de que á su pesar le defraudaron sus vicios.

Este retrato lo emprendo con tanto mayor gusto, quanto habiéndonos Vd. dado ya en su papel n.º 8 el de Alfonso V. Rey de Aragon, se hallará á vueltas de la moderacion, y fina politica de este Príncipe en la paz, y en la guerra, la soberbia, y desarreglada ambicion de Alexandro, que no pudieron autorizar jamas sus dilatadas conquistas, debidas por la mayor parte á la casualidad, ó al descuido de sus encargos. De este modo resultará un agradable contraste á favor de nuestro Príncipe Aragonés; pero un contraste, que será precisamente un efecto de la misma verdad de la historia, y no de un vano capricho de querer hermohear nuestras cosas. Queda de Vd. servidor y amigo Br. Sala.

Otra. Estando en la prensa el Correo próximo anterior, recibimos la carta siguiente, que anticipamos, por ser relativa á la de Ignacion Respondon, inserta en aquel n.º

Carta. Señores Ciegos: Aunque no mucho, veo lo suficiente, para no solicitar aun ser su cofrade; y poder hablar en su nombre, exponiendo la accion, que tienen expedita contra el Sr. I. C. S. nuevo Corresponsal de los Diaristas. Quéjase pues en su carta, inserta en el Diario n.º 133, f. 161, de que ustedes no han puesto en su muy periódico papel (que así le intitula) su carta respuesta á la de Julian Miron: sin reflexio-

nar, que en su misma querella, á la linea da la razon apoyada con las palabras del célebre Poeta Virgilio: y á la verdad si no la halla el querellante digna de que la publiquen los Diaristas, por el corto mérito, que confiesa tácitamente la asiste, cómo podia solicitar, que sin otro la publicasen Vmds. Es un contento ver como traduce ya á Fedro: cierto que si no hubiésemos tenido el honor de oírle la aplicacion de la fábula nona del lib. 3, nos seria difícil conocer, que viene á su prentension como de molde. Bien me atreviera á dar gracias al amigo de aquellos señores, que tanto se interesó en la publicacion de dicha carta, si no viese muy á las claras el notable perjuicio, que de ella se nos ha seguido, careciendo por su causa de otra noticia útil, que en su lugar nos hubieran substituido, ó á lo menos dilatado la sucinta, que nos diéron del nuevo serpentín, ó culebra para destilar aguar-diente; y Vmds. por mí le pedirán vuelta á interponer su mediacion, á fin de que se abstengan de dar oídos en lo sucesivo á iguales pretensiones, por ser en perjuicio público, y sin utilidad particular, corrigiendo fraternalmente, ó amonestando á cualquiera, que tal presuma, desista de su propósito y de semejantes pensamientos, libertándose por este medio de que le inutilicen el tiempo, que necesitan para otras cosas de mayor importancia, y nosotros lo graremos no dar nuestro dinero por condescendencias frívolas, é intempestivas; pues de lo contrario nos veremos precisados á construir fábulas, y aplicarlas al asunto que se trate, y *deum de deo*. Ntro. Sr. &c. O. S. Z.

P. D. Se me olvidaba decir á Vmds. no es mi ánimo ofenderles, ni ménos á los Diaristas; pues unos y otros no solo me divierten el humor melancólico, que me domina, sino tambien me instruyen, y sacan del interior de mi ignorancia; por cuya causa me ofenden quantos procuran deslucir el mérito de ámbas obras, y cansado ya de oír á algunos, como á nuestro D. I. me ha parecido ofrecer este, para que si no le juzgan igual al susodicho, le inserten en su Correo de mañana.